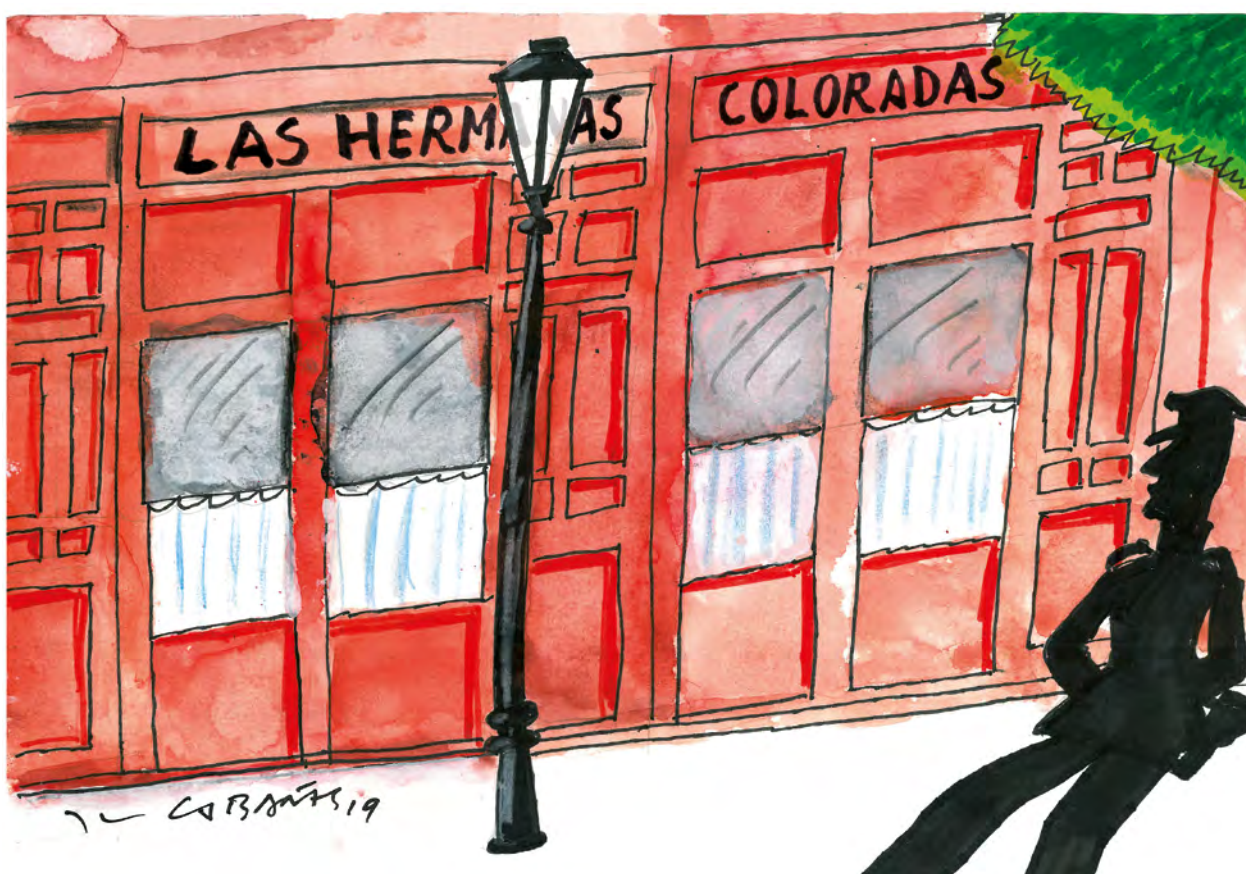


Él, nada más echarle el ojo encima a un forastero, sabía de qué pie cojeaba. Los mansos de corazón tienen los ojos muy francos y la sonrisa leal. A los turbios se les califica por la manera de entrecerrar los ojos y el pulso en medir las palabras. Los inteligentes son confiados y no temen el ridículo. Los toritos suelen ser muy corteses y callados. Los traidores amables... La verdad es que hay muchas variaciones porque a veces la estampilla se nota, más que en los ademanes, en no sé qué sombras del rostro e incluso en la manera de andar. Las manos también son muy buen exponente. Las de los ruines son de dedos cortos y uñas muy canijas; nunca hacen movimientos tajantes. Hay hombres cuyas manos no parecen de su cuerpo, y sí herencia de un antepasado de distinta biología. Las manos así resulta muy difícil saber de lo que son capaces. Los maquinadores e intrigantes se denuncian por la pasividad de sus manos. Mientras el cerebro pergeña el engaño tienen los dedos caidones y todo lo manejan con mucha pausa. En las manos se refleja muy bien la nobleza y frescura de sentimientos. Las timideces y osadías acaban y empiezan en la punta de los dedos. Cuando se habla con un sujeto de cuidado hay que mirarle algo a los ojos, bastante a los gestos y muchísimo a las manos. Suelen controlar bien el cerebro, pero las ideas apresadas a lo mejor se les derraman por los chorros de las manos. En ciertos oficios las manos funcionan solas, por su cuenta, aunque la mente esté en otro sitio. (...)



**LIBROS
A LA CALLE**



**Leer
para contarlo**

**Francisco
García Pavón
(1919-1989)
Centenario
*Las hermanas
coloradas***

Ilustración:
José Luis
Cabañas



librosalacalle.com